

La Capilla siXtina

LA MATANZA DEL CERDO

Para saber qué es el hombre, los científicos están estudiando el comportamiento animal de los animales, y perdonen la aparente redundancia. Si quieren hacer un rápido "travelling" y centrar la cosa en un hombre, en un hombre concretamente adulto, los científicos han dado la razón a aquel gran intuitivo que se llamó Saint-Exupéry y secundan la poética afirmación del personaje de "Le Petit Prince": "Yo soy del país de mi infancia". La infancia, en efecto, es nuestra patria, es la única geografía que adaptamos a nuestra verdadera piel, una piel que no crece con nosotros. Como los salmones, nos pasamos toda la vida creciendo, para finalmente descubrir la desembocadura del río del que nacimos y empezar a remontar su curso en una dramática y final lucha contra la corriente y las aristas de las piedras.

Pocos seres humanos podrían ejemplarizar mejor esta teoría que los hijos del Maestrazgo, que cada Navidad abandonan la luz lúcida del Mediterráneo, y a partir del cruce Vinaroz, se adentran por la infernal carretera de Morella, al igual que salmones remontando el Sella o el Colorado. Como prólogo a mi marcha a Portugal con Encarna, acepté la invitación del abogado Enric Fuster para presenciar la matanza del cerdo en su pueblo, Villores, más allá de Morella, en plena raya geopolítica y lingüística entre Castellón y Teruel. Conozco desde hace años a dos hijos del Maestrazgo: el profesor de Literatura Sergio Beser, especialista en "Clarín", en particular, y en Literatura española del siglo XIX, en general, y Enric Fuster, abogado, gestor, agente de la propiedad inmobiliaria y apasionado lector de "La Odisea" y "La Divina Comedia". Ambos personajes han conservado siempre una vinculación radical con sus pueblos, Morella y Villores, respectivamente, que condicionaba todos los "tics" de su personalidad, incluidos los alimentos del cuerpo y el alma, el habla y el paladar. Tanto Beser como Fuster aprovechan todas las oportunidades vacacionales para volver a su Maestrazgo, aun a costa de una paliza kilométrica rematada con la carretera-tobogán que repita hasta Morella y después se clava en las montañas en busca de la raya de Teruel.

Cuando llegan al país de su infancia, su valenciano se quita definitivamente el corsé de ballenas

del catalán barcelonés y adquiere velocidades y aceros que a un ciudadano de Madrid, como un modesto servidor, le parecen más ruidos de serrería electrificada que auténtica habla humana. Los ciudadanos de Madrid somos linguocentristas, y ni siquiera nos hemos enterado que hablamos mal un castellano que sólo hablan bien cincuenta bachilleres de Avila, treinta y dos de Burgos y quince repartidos entre Salamanca y Valladolid. Pero no va esta crónica a ajustar las cuentas a los codificadores del hablar bien o del hablar mal. Va a decir simplemente que la progresiva despoblación del Maestrazgo se ve apenas compensada por este constante retorno de algunas de sus gentes, que se compran casas viejas, las remozan, las dejan convertidas en mausoleos de nostalgia y vuelven siempre que pueden a recuperar ese país, esa patria, la infancia, del que, sin que se sepa muy bien ni por qué ni para qué, algo o alguien les echó.

Mientras mataban el cerdo en Villores una compleja tropa de matarifes expertos, recitadores de Salvat Papasseit, historiadores del movimiento obrero, agentes de la propiedad, lectores de "La Odisea", los duros gritos de la víctima, la escarcha entintada por la sangre, el aire respirado crudo, el lejano ladrido de perros truferos o cazadores de perdiz, los estampidos de las escopetas contra la fría mañana, un servidor tenía los ojos interiores llenos por la imagen de un percherón caído sobre el adoquinado de una calle del país de mi infancia. El percherón se moría con el carro puesto, al final de un reguero de boñigas pardas, sin que los varazos del carretero le animasen a sobrevivir. Desde los balcones, un vecindario de mujeres con batas de cretona y permanente avinagrada increpaba al carretero. Finalmente, la señora Paquita, la carbonera, salió con una pala, dispuesta a dejar tieso a tan duro carretero. Gritos y susurros. Pasa un jefe de escuadra con uniforme de invierno. Promete aceite de ricino para tiritos y troyanos. Se pacifican los espíritus. Horas después, el percherón, ya muerto, tenía detrás una cola de siete u ocho coches —Bullas, Topolinos, Hispano-Suizas—, y de los balcones vacíos salía humo de guisos de paga extraordinaria.

Ya era la tarde del 24 de diciembre de 1943 en el país de mi infancia. ■

SIXTO CAMARA

QUERIDO
SANTA
CLAUS

MI PAPA Y
MI MAMA
ESTAN SIN
TRABAJO



CASA HEMOS
AGOTADO
EL CUPO
QUE NOS
CONCE-
DE EL
SEGU-
RO DE
DE-
SEM-
PLEO

TRATO DE SER
BUEN CHICO
Y DARLES EL
MENOS
TRABAJO
POSIBLE

PROCURO NO
COMER DUL-
CES NI
NADA
SOLIDO

TAMBIEN
EN EL '68'
HABRIA
SIDO BUEN CHICO,
PERO ESTA-
MOS DE
NUESTRA



EN MI CASA
HACE UN PUELO
HORRIBLE, PERO
NO VOY A PEDIRTE
PETROLIO PORQUE
TRATO DE SER
BUEN CHICO
EN LA CRISIS
ENERGETICA



Y TAMPOCO TE
VOYA PEDIR
UN ABRIGO
PORQUE NO
ME GUSTA
PEDIR ESE
TIPO DE
REGALOS

PERO POR
FAVOR, QUENDO
SANTA CLAUS,
SIEMPRE Y
CUANDO NO
CONTRI-
BUYA A
LA INFLA-
CION.

¿PODRIAS
REGALARME
UN BUEN
CHUPETE?

